

Teresa de Jesús, fuente de humanidad, maestra de experiencia

Manuela Aguilera

Buenas tardes A TODOS Y A TODAS. Feliz Fiesta

Brevemente me han pedido en el día de hoy una presentación muy personal de algún aspecto del itinerario espiritual de Teresa de Jesús.

No soy especialista en la Santa, sino una seguidora como todos vosotros y vosotras, por tanto estas palabras que os ofrezco están basadas en mi experiencia con Teresa de Jesús, una mujer de quien he disfrutado su palabra muchas veces y de quien he buscado que me exprese otras tantas, acompañándome siempre, muy de cerca, en mi itinerario personal como seguidora de Jesús. Su experiencia ha sido matriz y luz que me ha guiado y sigue guiándome.

Teresa de Jesús tiene muchos accesos que facilitan y hacen posible un diálogo intelectual con sus escritos y que fluya abundante una corriente cordial entre ella y los que la leen. Ella irrumpe en la Historia de la Iglesia en una época seca y árida, no en una época de cambios, sino en un cambio de época, como más de 400 años después vivimos también ahora. Llega con pasión de *letras*, como dice ella, es decir, con deseos de saber lo que vive y de poner de acuerdo la fuerza del amor y la luz de la razón. Y, además, es **mujer**, que sabe **mirar** y escuchar el tiempo que le ha tocado vivir y comenta: *no son tiempos de desechar ánimos varoniles* (por fuertes y arriesgados) *aunque sean de mujeres*. También es, como es bien sabido por todos y todas, una espléndida maestra de oración y es creadora de un nuevo estilo de comunidad, sin rigideces, familiar y con amplísimos espacios para la responsabilidad personal, siendo uno mismo, una misma, en la relación de amistad con Dios y con los demás. Y tantas otras cosas que podríamos resaltar de ella...

Pero como no vamos a alargar mucho este espacio deseo subrayar en esta ocasión fundamentalmente dos aspectos: la humanidad de Teresa y su maestría en experiencia.

En cuento al primero debo comenzar declarándome una mujer **fascinada** por Teresa de Jesús, atrapada por su personalidad. Esto no es extraño, porque Teresa es una de las imágenes más atractivas de mujer de fe, consagrada en la única forma religiosa que le estaba permitido en su época, y que cautiva por la lucidez de no renunciar a ser mujer para ser creyente.

La misma Teresa es consciente de la fascinación que despertaba desde muy temprano. Recordamos que en el libro de la Vida (1,9) dice: *Comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado -que según decían- eran muchas.* O también expresaba (Vida 2,8): *Me daba el Señor gracia en dar contento adondequiera que estuviese.*

Ha llegado hasta nosotros un nutrido **coro** de “fascinados” por ella a lo largo de la historia. Desde Fray Luis de León, que apenas se adentró en sus escritos para darlos a la imprenta y empezó a recoger testimonios y remover papeles, enseguida escribió: *Nadie la conversó que no se perdiese por ella.*

También quienes la conocieron y trataron nos han transmitido el hechizo que Teresa despertaba. Su amigo el padre Gracián comentaba: *Una cosa me espantaba de la conversación de esta gloriosa madre, y que lo noté muchas veces y me puse a considerarlo, y es, que aunque estuviese hablando tres y cuatro horas... tenía tan suave conversación, tan altas palabras y la boca llena de alegría, que nunca cansaba, y no había quien se pudiese despedir de ella.*

En esta misma dirección y por lo que tiene de ruptura de esquemas de santidad, quiero sólo recordar a otro puñado de fascinadas que la conocieron: son las Descalzas Reales de Madrid que acogieron a la Santa bajo su techo a su paso por la reciente capital de España, ellas decían: *Bendito sea Dios que nos ha dejado ver a una santa a quien todas podemos imitar: habla, duerme y come como nosotras, y conversa sin ceremonias ni melindres de espíritu... ¡Qué ramillete de virtudes tan original para calificar la santidad de Teresa: come, duerme, habla y conversa sin ceremonias ni melindres! ¡Todo un descubrimiento para aquella época y aún para la nuestra!*

Su sobrina Teresita cuando testificaba en los *Procesos* dijo también: *Tenía un exterior tan desenfadado y cortesano que nadie por eso la juzgaba por santa...* Y es que esto nos pasa normalmente con todos los santos: que tendemos a verlos tan cetrinos y ojerosos, que cuando nos acercamos a ellos y leemos los testimonios de sus contemporáneos, éstos nos dicen todo lo contrario: los santos son normalmente alegres, comunicativos,

expansivos, simpáticos, con un humanismo desbordante, y esto es así tanto en Teresa de Jesús, como en Francisco de Asís, como en Juan de la Cruz o como en Pedro Poveda... porque en definitiva, Dios es pura comunicación y fuente de alegría.

No sé por qué, secularmente, la gente de iglesia, generalizando claro está, ha creído que la alegría es patrimonio de los simples; pero la alegría no tiene por qué ser irreflexiva, ni se puede confundir con la extraversion, ni con el afán por la fiesta. La alegría que emana de Dios es perfectamente compatible con la sombra de los pesares y con el conocimiento del dolor y de la muerte, es una alegría no ruidosa, no efímera, serena y consciente de sí misma.

El primer regalo que nos hace Dios es nuestra propia naturaleza. Sobre este don se asientan todos los demás. Teresa de Jesús recibió el enorme don de estar superdotada para la relación. La entrada de Dios en su vida, amor que le configura, le libera para amar y constituye el filtro por el que han de pasar los demás “amores” de su vida.

Quien se acerca a Teresa de Jesús descubre sin duda una mujer atractiva en el campo de las relaciones, fluida y entrañable, espontánea y viva, franca y honda con los demás. En definitiva, una **maestra de humanidad**.

Segundo aspecto que quiero subrayar: la invitación constante que nos hace Teresa a través de sus escritos, a vivir una **experiencia**, una experiencia marcada siempre “más **que** por el comenzar haciendo, por el dejarse hacer por Dios”... Teresa escribe describiéndose y descubriéndose... Bueno, yo diría que escribir siempre es descubrir, es una vertiente de la curiosidad por conocer y por conocer-se.

La experiencia es central bajo todos los ángulos en la vida y mensaje de la Santa... y esto lo repite constantemente.

El libro de la Vida está plagado de expresiones como:

- . *No diré otra cosa que no haya experimentado mucho.*
- . *Lo que dijere helo visto por experiencia.*
- . *Hablaré de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia.*

Comparándose con los espirituales de su tiempo, confiesa con asombrosa sencillez: *en solos veinte y siete años que ha que tengo oración, me ha dado el Señor la experiencia que a otros en cuarenta y siete...*

Además, la Santa distingue con precisión en Camino de Perfección (6,3) lo que es **saber** por sólo *pensar, por fe y por experiencia*, y cree que este último es el que verdaderamente influye en la vida, porque es un saber -dice con sus palabras- *impreso en las entrañas...*

Ella sabe que conocer por experiencia fuerza de alguna manera, irresistiblemente, a vivir en consecuencia.

No encontramos en Teresa una definición de la experiencia espiritual, como por ejemplo nos la ofrece de la oración o de la humildad o de la verdad. Pero podemos rastrear algunos de los rasgos de su experiencia mística:

1. El primer rasgo es que la experiencia siempre es PERSONAL. En el planteamiento general que hace Teresa de la oración acentúa el papel de las personas, deriva hacia los protagonistas de ese *trato amistoso* que es la oración. Ella ni se plantea la posibilidad de que no podamos tratar con Dios, de que Dios no acuda a la cita. En Vida (9,9) comenta: *...en verdad hacía mucha misericordia conmigo (Dios) en consentirme delante de sí, y traerme a su presencia, que veía yo que si el no lo procurará, no viniera yo*. Indicando así que el deseo de encuentro es mutuo.
2. El segundo rasgo, es que Dios se COMUNICA, se da a conocer, ¿Cómo? Pues actuando, haciendo y obrando en la persona. Es decir que experimentar a Dios es percibir su actuación en uno mismo, en una misma.
3. Tercer rasgo: la experiencia de Dios es PASIVA. La iniciativa corresponde siempre a Dios, Él la provoca independientemente de la situación espiritual de la persona. Dice ella (C 25,3): *en la contemplación... ninguna cosa podemos: su Majestad es el que todo lo hace*. Pasividad quiere decir también gratuidad. Dios se da cuando menos lo esperas. El ser humano “padece” la acción de Dios, de forma progresiva y creciente. Tener experiencia de Dios es conocerlo sin mediación de terceros.

4. Entramos así en el cuarto rasgo: el conocimiento de Dios que otorga la experiencia es consciente y da a la persona un mundo interior dormido o desconocido que se activa. Ella habla de *unos sentidos interiores, ojos del alma, oídos del alma*, habla de *una luz que hace que la claridad del sol parece cosa desgustada* (V 38,2). En Cuartas Moradas 2, 5 dice también: *Veo secretos en nosotros mismos que me traen espantada muchas veces*. Ella descubre raíces en su ser que ignoraba, que le pasaban desapercibidas. En Camino 22,8 dice: las verdades que se van conociendo en la oración no son otras fundamentalmente que *quién es Dios* y *quién soy yo*. Este es el primer y básico significado de lo que ella llama *Castillo interior*, del cual la puerta es la oración (1M 1,7): quien no franquee la puerta se ignora a sí mismo e ignora a Dios.

Y esta es una muestra más de la actualidad de Teresa de Jesús: la pregunta por la identidad, Dios nos revela “quién soy yo”. Parece que en los años setenta, la gente se preguntaba más por el placer y los caminos para llegar a conseguirlo; en los ochenta, y parte de los 90, por el dinero y el modo de obtenerlo; la pregunta, creo yo, en los últimos años es: *¿Quién soy yo, en qué se funda mi identidad? ¿Qué es lo que impide que se desarrolle?...* Los temas de identidad son la fuente de mayor conflicto entre personas, grupos, Instituciones y pueblos. Parece que **al** comienzo del milenio muchos se plantean la cuestión previa a todas: la cuestión de la identidad; quizá porque adivinan la existencia de un yo aparente, despersonalizado, que teme ser distinto y que transforma al ser humano en un simple autómatas receptor de consignas. Y caen en la cuenta de que cada uno piensa, siente y quiere lo que los demás suponen que debe sentir, pensar o querer. Y se dicen: *si no soy lo que los demás opinan, lo que los demás esperan, lo que la sociedad me marca, ¿quién soy?* Esa es la pregunta.

Otro aspecto de la experiencia de la santa que quisiera tocar es su experiencia de Dios vivida a raíz de sus fundaciones.

En la *Dei Verbum*, nos dice el Concilio Vaticano II, hablando de la *Tradición* (DV 8) que: “ésta va creciendo en nosotros con la ayuda del Espíritu Santo, es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón, cuando comprenden internamente los misterios que viven...”

Los grandes testigos de la fe son la prueba de esta afirmación porque señalan a toda la comunidad creyente el “don” -más que el “mandato”- que

pesa sobre los cristianos de todos los tiempos de *acrecentar* el depósito de la fe vivida.

Esto vale indudablemente no sólo hablando de la “Tradición” eclesial sino de los distintos carismas regalados por Dios a su Iglesia, y por tanto también atañe al carisma recibido en el Institución teresiana, y nos ayuda a entender que cualquiera de estos carismas está sujeto siempre a crecimiento según esa modalidad que señala la *Dei Verbum* de comprender experiencialmente la vocación recibida.

La experiencia del fundador de un carisma “pasa” a ser constitutiva de la vocación de cada uno de los que, por el mismo Espíritu, se reconocen llamados a vivir el bautismo en el mismo marco vocacional. Y nosotros vamos siendo así co-fundadores porque recreamos ese carisma en nuestro tiempo, introduciendo en el presente el movimiento inspirativo del principio. Nuestro carisma tiene su punto de partida en un pasado histórico, pero es presente *vivo* que reclama una fidelidad renovadora permanente porque el carisma se encarna hoy en personas concretas y en momentos históricos concretos. Así decía Teresa en Fundaciones (F 4,6): *¿Qué me aprovecha a mí que los santos pasados hayan sido tales, si yo... dejo estregado (derrumbado) el edificio?*

Por tanto, los elementos esenciales de un carisma **ni** se han vivido todos, ni se han agotado por parte del fundador o por parte de la más brillantísima de las generaciones pasadas; son susceptibles siempre de posteriores profundizaciones y explicaciones; y las estructuras en las que se expresa ese carisma tienen que traducir y transparentar las nuevas *vetas* carismáticas descubiertas. Una nueva experiencia del carisma requiere estructuras nuevas.

Sin experiencia (basada -como dice la *Dei Verbum*- en el estudio, la contemplación, el conocimiento interno) no se sustenta la fe, no se sustenta un carisma, sencillamente no existe. Y por eso, no seremos presencia profética en el mundo pero sí vulnerables a las corrientes de opinión de moda, erráticos de la vocación por carencia de suelo y de raíces, presos y presas de sueños u ocurrencias improvisadas o de despacho, que sustituyen la vida por los discursos.

Una concepción dinámica del carisma nos sitúa siempre en los principios, en los cimientos del edificio vocacional, del cual todos y todas somos constructores, agentes y co-fundadores. O, de lo contrario, demoledores. No hay termino medio en esto.

Constantemente se movió la Santa en esta dirección como fundadora: el carisma no está terminado nunca, por eso dijo: (F 27,11) *que cada una haga cuenta cuando vinieren que en ella torna todo a comenzar...* Somos **cimiento** de los que están por venir (F 4,6).

Si hay algo que caracteriza el momento actual que vivimos en el campo de lo religioso es la necesidad de experiencia. Los jóvenes no están pidiendo hoy pruebas de que Dios existe. Piden una experiencia de Dios. Al seguidor de Jesús de Nazaret no se le busca como exponente de un credo religioso sino como maestro o maestra del encuentro personal con lo trascendente.

Muchos teólogos hablan también en nuestros días del “déficit de experiencia en la Iglesia” o de la “pérdida de la experiencia de Dios”, que -dicen- nos está llevando a un cierto ateísmo intraeclesial. Otros han dicho que este déficit de experiencia se conecta con un pasado intelectual en el que no se tenía por verdadero más que aquello que satisfacía las exigencias de la razón, pero hay que reconocer que también ha habido un cierto recelo por parte de la Institución eclesial respecto a la experiencia.

Sea como fuere, de cara al futuro, es tarea urgente abrir cauces a lo experiencial, por ahí van las preocupaciones de lo que hoy se llama la “teología narrativa” o “teología de la experiencia”. El teólogo Schillebeeckx (Iersel van) a propósito de este tema dice: *“Es un hecho demostrable que a lo largo de la historia el recurso a la experiencia se produce frecuentemente en momentos en que los hombres se sienten prisioneros por otros, especialmente por las instituciones”*. Bien vale esto una seria reflexión por parte de los creyentes en Jesús.

Creo, siempre lo que creído, que el auténtico oficio de cada hombre, de cada mujer, el que ha de colmar su vida entera, **al** que sus dolores y alegrías deben contribuir, es llegar a ser uno mismo. La obligación más seria y la vocación más irresistible consiste en ser quien se es. La profesión humana es buscar y descubrir el propio e íntimo manantial de la vida.

Y en el caso de Teresa de Jesús esta búsqueda de la verdad es incesante. Primero porque vivió su experiencia en diálogo con su comunidad. Además, los escritos de la Santa de Ávila son una ventana por la que se ve la realidad social y eclesial de su tiempo. Ella es un testigo, implicado y crítico, por eso es perseguida. También se acercó a los *espirituales* de su tiempo y dijo: *...Y pareciéndome que personas espirituales podían estar engañadas como yo, seguí buscando...* Entonces buscó *letrados* (que eran

como en su siglo llamaban a los teólogos)... Pero fue una constante en su vida que siempre que iniciaba una peregrinación en busca de **luz** se encontraba con terribles juicios a su experiencia de Dios, por eso cuando alguno de estos *letrados* le insinúa -en palabras de Teresa en V 33,5- *que andaban los tiempos recios y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores... a mí me cayó esto en gracia y me hizo reír, porque en esto jamás yo temí, y añade, que si pensase había razón, yo me iría a buscar a la inquisición...*

Estaba tan tranquila de la autenticidad de su experiencia que no dudó en criticar a los teólogos diciendo: *quieren llevar las cosas por tanta razón y tan medidas por su entendimiento, que no parece sino que sólo han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios* (MC 6,7).

Es también enormemente interesante el proceso que sigue Teresa en su experiencia mística. Lo señala con precisión en varios de sus escritos. Ella reconoce tres pasos diferenciados en ese proceso diciendo: *una merced es dar el señor la merced, otra es **entender** qué merced es ; y otra es **saber decir**la y dar a entender cómo es.*

Con una sencillez que asombra revela así su pedagogía experiencial:

Recibe como don la experiencia,
Comprende la experiencia
Comunica la experiencia

Recibir, comprender, comunicar. Si la metodología que hemos usado tantas veces y que tanto nos ha ayudado a saber analizar lo que ocurre y nos ocurre está basada en el proceso: *ver, juzgar y actuar*. La metodología propiamente teresiana es, a mi juicio la de recibir, comprender y comunicar. Metodología de la que también participó Poveda y que él mismo nos ofrece en sus escritos.

. Poveda **recibe** una experiencia, que es pasiva, que es un don, un don que le capacita para saber mirar y escuchar en su tiempo.

. Poveda intenta después **comprender** esa experiencia, dialogándola con otros, estudiándola, verificándola, discerniéndola...

. Y Poveda **comunica** con su vida, con sus escritos, con sus palabras, con toda su persona, aquello que ha recibido y que le insta a obrar en consecuencia.

Por último, decir que los que buscan eso que llamamos el sentido a su existencia, sean creyentes o no, tienen hoy hambre de personas de experiencia.

Ciertamente, vivimos en un mundo cuyo ideal no es precisamente la entrega a un proyecto común y personal, sino la compra de un “aifon” de última generación. Un mundo que no soporta lo absoluto, ni lo incondicional; que no es ardiente ni frío, sino **tibio** como aquel que el fiero Yahvé del Antiguo Testamento vomita de su boca. Y que el sueño de esta sociedad es hacer estático, y no dinámico, el interior del ser humano, anestesiarlo con el consumismo, que la dependencia triunfe sobre la autonomía, la manipulación sobre la libertad, que la persona sustituya el ideal en el que cree por aquel que a la sociedad le parezca de más fácil manejo...

¿Y a costa de qué consigue este mundo la instalación, la seguridad, que son sus valores más preciados? Pues a costa de la pasión, de la intensidad, de la donación de la vida.

Hoy nos solemos conformar con una mediocre satisfacción en lugar de la plenitud.

Nos conformamos con un desentendido bienestar en lugar de la solidaridad con los demás.

Nos conformamos con el provecho en lugar del riesgo.

Nos conformamos con agregarnos a la mayoría silenciosa en vez de levantar la voz.

Nos conformamos con una tranquilizada e inconsciente conciencia en lugar del vendaval de Dios.

Los místicos, por supuesto, rompen con todo esto, son siempre contraculturales, son auténticos revolucionarios no sólo en su tiempo sino en todo tiempo.

Teresa eligió, con “determinada determinación”, es decir con tesón y decisión sostenida, vivir en **gratuidad...**, decidme si hay algo más insurrecto que eso.

Como bien escribió Goethe: *da más fuerza saberse amado que saberse fuerte*. La fortaleza de Teresa de Jesús nació siempre del manantial inagotable del amor del Amigo (con mayúscula). Este fue el secreto de **su** vida. Este, diría yo, es el secreto de **la** vida.

Pues muchas gracias por vuestra atención, ya que siempre es un regalo que a una le escuchen... y ahora celebremos juntos a la que es Titular de la Institución Teresiana.

Manuela Aguilera